



UNA SOCIEDAD SIN GÉNERO ¿ES ESO POSIBLE DE IMAGINAR? EL LEGADO DE SHULAMITH FIRESTONE Y MONIQUE WITTIG PARA LOS FEMINISMOS DEL PRESENTE

A genderless society. Is that possible to imagine? The legacy of Shulamith Firestone and Monique Wittig for present-day feminisms

PILAR COLOMA ACEÑA

Universidad de Zaragoza

Fecha de recepción: 25 de mayo 2024

Fecha de aceptación: 1 de octubre 2024

COLOMA ACEÑA, Pilar (2024). «Una sociedad sin género ¿es eso posible de imaginar? El legado de Shulamith Firestone y Monique Wittig para los feminismos del presente». *Filanderas. Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas* (9), 67-86.

RESUMEN

¿Es posible imaginar una sociedad sin género y sin diferencia sexual? En busca de respuestas, el presente artículo se traslada al contexto de finales de los sesenta en Estados Unidos y Francia y, en concreto, a dos feministas radicales del incipiente Movimiento de Liberación de las Mujeres: Shulamith Firestone y Monique Wittig. Ambas escribieron obras con las que ser capaces de imaginar esta (im)posible sociedad: *Las guerrilleras*, publicada por Wittig en 1969, y *La dialéctica del sexo*, por Firestone, en 1970. Su legado resulta importante para la comprensión de muchos de los debates entre los feminismos del presente, en torno a la complejidad de las categorías de identidad o en torno al sujeto del feminismo.

67

Palabras clave

Género, diferencia sexual, Shulamith Firestone, Monique Wittig, Movimiento de Liberación de las Mujeres.

ABSTRACT

Is it possible to imagine a society without gender and sexual difference? This article searches for answers in the context of the late-1960s United States and France and, specifically, in the writings of two radical feminists in the incipient Women's Liberation Movement: Shulamith Firestone and Monique Wittig. Both produced works through which this (im)possible society can be imagined: *Les Guérillères*, published by Wittig in 1969, and *The Dialectic of Sex*, by

Firestone, in 1970. Their legacy is important to the understanding of many of the debates between modern-day feminisms, around the complexity of the categories of identity or the subject of feminism itself.

Keywords

Gender, Sexual Difference, Shulamith Firestone, Monique Wittig, Women's Liberation Movement.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años se han reeditado en español varias de las obras de la autora estadounidense Shulamith Firestone (1945-2012) y de la francesa Monique Wittig (1935-2003). En 2022, se tradujo *Espacios sin aire*, que había sido publicada originalmente por Firestone en 1998, su segundo y último libro. El primero vio la luz en 1970, *La dialéctica del sexo*, y se convirtió en una obra fundacional del Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLM) de la Segunda ola feminista. Fue traducido al español en 1976 y se encontraba descatalogado hasta que ha sido reeditado, por fin, en 2023.

68 Por su parte, *Las guerrilleras* de Monique Wittig, fue publicada en 1969 y traducida al español en 1971. Fue reeditada en Argentina en 2019 y, en España, Manifest Llibres la reeditó en catalán el año pasado. Su *Borrador para un diccionario de las amantes* apareció de nuevo en las librerías en 2023 y el conjunto de sus ensayos teóricos publicados bajo el título de *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, ha sido reeditado de nuevo en 2024.

De ello se observa el interés actual por estas dos autoras del movimiento feminista que comenzó a finales de la década de los sesenta del pasado siglo. Dos feministas que formaron parte de quienes impulsaron las primeras manifestaciones del Movimiento de Liberación de las Mujeres en sus respectivos países, tanto desde sus filas a pie de calle como desde su plano teórico a través de escritos y publicaciones.

El presente artículo analiza dos obras que fueron escritas y publicadas por estas autoras en aquel contexto: *Las guerrilleras* (1969) y *La dialéctica del sexo* (1970). Cómo analizan la subordinación de las mujeres, cómo imaginan un mundo que ha superado las desigualdades o cómo se vieron influenciadas por la radicalidad del momento para ser capaces de imaginar estos futuros, son algunas de las cuestiones que se tratan en este trabajo.

Recuperar las obras que proyectan futuros más habitables, igualitarios y libres resulta importante en un contexto en el que el neoliberalismo ha causado profundos estragos en la capacidad de organización colectiva. Tony Judt se preguntaba hace unos años: «¿por qué nos resulta tan difícil siquiera *imaginar* otro tipo de sociedad?» (2019: 51) y Mark Fisher desarrolló así su concepto de «realismo capitalista»: «la idea muy difundida de que

el capitalismo no solo es el único sistema económico viable, sino que es imposible incluso *imaginarle* una alternativa» (2018: 22).

Imaginar otro futuro es lo que hicieron Shulamith Firestone y Monique Wittig, entre otras feministas, e hicieron saltar por los aires muchas de las concepciones arraigadas sobre el género, el sexo, los roles sexuales, la diferencia sexual o la sexualidad normativa. Ambas se vieron influenciadas por aquellos años tan convulsos, en los que el MLM y otras movilizaciones sociales inundaron las calles, desde Mayo del 68 y los movimientos pacifistas en contra de la Guerra de Vietnam, hasta los antirracistas del *Black Power*, pasando por organizaciones incipientes del movimiento LGTBIQ+, a partir de la revuelta de Stonewall de 1969.

Ellas pertenecieron a las filas del feminismo radical, que formó parte del MLM y que nació en Estados Unidos en torno a 1967 (Echols, 2019) y en Francia a partir del acto reivindicativo del 26 de agosto de 1970 (Pavard *et al.*, 2020), en el que un grupo de mujeres, entre las que se encontraba Wittig, fue a colocar una corona de flores sobre la tumba del soldado desconocido, frente al Arco de Triunfo de París, acompañadas de pancartas que decían: «Uno de cada dos hombres es una mujer. Hay alguien aún más desconocido que el soldado: su mujer» (Pisan y Tristan, 1977: 61). Con el fin de constituirse como un movimiento social, además de actos y manifestaciones u otras estrategias como la publicación de revistas o la creación de grupos de autoconciencia (Coloma Aceña, 2022), se construyó una identidad colectiva en torno al sujeto «mujeres» (Ergas, 2000; Nash, 2012).

Y en este contexto de construcción identitaria ¿qué postura adoptaron Shulamith Firestone y Monique Wittig? El caso de estas dos autoras, aunque no único, fue ciertamente singular. Se encontraban en un momento en el que era aparentemente necesaria la construcción de un sujeto para el movimiento, el cual se materializó en la categoría «mujeres». Sin embargo, ellas apostaron por lo contrario en sus obras, por hacer desaparecer esa categoría «mujeres» y por construir una sociedad sin diferencias por razón de sexo.

Sus obras reflejan parte del contexto socio-político en el que nacieron, pero también sus propias teorizaciones. Resulta interesante volver desde los feminismos actuales a las preguntas y propuestas que surgieron por primera vez en aquella década para comprender los debates que protagonizan nuestro presente. Debates en torno al sujeto del feminismo –delimitarlo o diversificarlo–, a la diferencia sexual –resignificarla o destruirla–, o en torno a las categorías de identidad de género –dinamitarlas o multiplicarlas–, contemplando siempre entre opciones toda una escala de grises que amplifica inevitablemente las propuestas y objetivos políticos, así como la imaginación de otros futuros.

UN MARCO TEÓRICO. EL GÉNERO, EL SEXO Y LA DIFERENCIA SEXUAL

No es posible interrogarnos acerca de la posibilidad de imaginar una sociedad sin género y sin diferencia sexual, sin antes establecer un marco teórico que realice un esbozo sobre la interpretación de estos conceptos que, en efecto, llevan experimentando un largo debate en las últimas décadas. Porque «los estudios de género son un campo diverso marcado por el debate interno, metodologías diversas y ningún marco único» (Butler, 2024: 30) y todavía siguen sujetos a profundas reinterpretaciones (Alegre Zahonero *et al.*, 2023).

La afirmación de Simone de Beauvoir, «no se nace mujer, se llega a serlo», revolucionó la historia de la teoría feminista. A partir de la publicación de *El segundo sexo* en 1949, se asentó la idea de que el género es una construcción social. Pero, ¿de Beauvoir no habló de sexo en lugar de género? Lo cierto es que hasta los años sesenta los términos género y sexo fueron utilizados indistintamente. A finales de esa década se comenzó a establecer una diferencia teórica entre ambos, tal y como evidenció Kate Millett en su *Política sexual*.¹

70

Así pues, tal y como explica Sonya O. Rose: «el término “género” fue originalmente utilizado por las investigadoras feministas para hacer referencia a la construcción cultural de la diferencia sexual, en contraste con el término “sexo”, que parecía connotar diferencia “natural” o “biológica”» (2012: 18). De esta manera, las mujeres y los hombres poseen cada cual un sexo diferenciado. Esta diferencia siempre es binaria, por lo que el género –que es entonces la construcción cultural fundamentada en esta diferencia sexual binaria– es también binario. Lo que cambia a lo largo del tiempo son las construcciones sociales de las «mujeres» y de los «hombres». Es decir, en cada cultura y contexto ser «mujer» y ser «hombre» adquiere significados distintos, pero siempre apoyados en las características biológicas diferenciadas, que serían entendidas a partir de la categoría de «sexo». Esta última idea haría del sexo una categoría invariable y transversal a todas las culturas y contextos. Se trata de una interpretación que, aunque ha sido profundamente cuestionada con posterioridad, sigue siendo utilizada y sostenida en algunos ámbitos y perspectivas de análisis.

La contestación a esta conceptualización, en realidad, llegó relativamente pronto. En 1975, Gayle Rubin declaró que «el reino del sexo, el género y la procreación humanos ha estado sometido a, y ha sido modificado por, una incesante actividad humana durante milenios. El sexo [...] es en sí un producto social» (1986: 103). Elaboró el concepto de «sistema sexo-género» y añadió al estudio del sexo y del género la esencial variable de la sexualidad (Vega Suriaga, 2023).

En su recorrido por la historia de género, de nuevo, Sonya O. Rose lo expone de esta manera: «Las investigadoras feministas detectaron un buen

1. Kate Millett, referente del feminismo radical, elaboró una interesante definición sobre el «género» en su libro, fruto de la tesis doctoral que defendió en 1969. Citó algunas de las investigaciones recientes más importantes, como la de Robert J. Stoller, de 1968, en la que se establecía esta distinción entre el sexo y el género (Millett, 2021: 77).

número de problemas con la distinción sexo/género». En primer lugar, «el sexo y el género son frecuentemente utilizados de manera intercambiable en el discurso popular». Segundo, «a menudo también el género se ha interpretado con exclusiva alusión a las “mujeres”, como si los “hombres” no fueran seres conformados por el género». Y, en tercer lugar, si el «sexo» es entendido como biológico o natural, relativo a los cuerpos físicos o materiales, entonces el cuerpo es considerado «como ajeno o al margen de la historia o la cultura. [...] Y ése es precisamente el problema» (2012: 48-49).

Un problema que detectó asimismo Judith Butler y que planteó en 1990 con *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*:

Aunque la unidad no problemática de las “mujeres” suele usarse para construir una solidaridad de identidad, la diferenciación entre sexo y género plantea una fragmentación en el sujeto feminista. [...] Aunque los sexos parezcan ser claramente binarios en su morfología y constitución (lo que tendrá que ponerse en duda), no hay ningún motivo para creer que también los géneros seguirán siendo sólo dos. [...] ¿Y al fin y al cabo qué es el “sexo”? [...] quizá siempre fue género, con el resultado de que la distinción entre sexo y género no existe como tal (Butler, 2020a: 54-55).

71

En la década de 1990, se difundió con mayor proyección la puesta en duda del sexo como algo natural no problemático y del género como su expresión cultural. Los trabajos de Gayle Rubin, Judith Butler o Donna Haraway, indicaron que «el “sexo” se establecía por diversos medios culturales y sociales» y que la interpretación del cuerpo es en realidad el resultado de la interacción entre naturaleza y cultura (Butler, 2024: 239).

Deshacer el género, o el «sistema sexo-género», y su triada sexo-género-sexual –o como dice Butler: «sexo/género/deseo»–, que se materializa en mujer(cis)-femenino-heterosexual u hombre(cis)-masculino-heterosexual, sin permitir la existencia de nada más, es la tarea del feminismo *queer*. Pero también de otros feminismos, que añaden además otras variables a dicha triada. Desde el feminismo antirracista se acuña el concepto de «interseccionalidad», en concreto, por parte de la abogada Kimberlé Crenshaw, en 1989. Hubo asimismo autoras anteriores, como Audre Lorde, «feminista Negra, lesbiana, guerrera, poeta y madre de dos hijos», que ya señalaron la intersección de las distintas formas de opresión (Lorde, 2009).

De todos modos, el interrogante «¿es posible imaginar una sociedad sin género?» que hace de hilo conductor, es planteado para el contexto del feminismo radical a finales de los años sesenta y para la obra de dos autoras que escribieron en aquel momento, cuando todavía no se había producido el debate en torno a la categoría de «sexo». En general, el feminismo radical inter-

pretó el género como los roles sexuales estimulados por la sociedad desde la infancia. Se trató de cuestionar la diferencia sexual no sobre su carácter biológico –la división binaria de los sexos– sino sobre su carácter cultural. Para Anne Koedt, fundadora junto con Shulamith Firestone del grupo *New York Radical Feminists* en 1969, el feminismo radical podía definirse como «la defensa de la total eliminación de los roles sexuales» (Koedt, 1971: 85).²

Entonces, ¿por qué se ha mencionado la (re)conceptualización del género por parte del feminismo *queer* a partir de los años setenta, ochenta y noventa? Porque Monique Wittig es considerada una precursora del feminismo *queer* (Suárez Briones, 2013). Este artículo se pregunta, por consiguiente, si Shulamith Firestone puede ser considerada también una precursora de esta corriente. Ambas imaginaron «una sociedad sin género», en este caso, entendida como una sociedad sin diferencia sexual, tanto desde una perspectiva cultural –más clara en el caso de Firestone– como desde una perspectiva que cuestiona la naturalidad del sexo –más visible en el de Wittig–.

La manera de alcanzar esa sociedad depende, en aquel momento y hasta el día de hoy, de cada autora y cada corriente feminista: ¿resignificar el género? ¿multiplicarlo? ¿destruirlo? Firestone y Wittig lo tuvieron claro: había que dinamitarlo.

2. La traducción es propia. También son de traducción propia todas las referencias utilizadas a lo largo del trabajo que provienen de bibliografía en inglés o francés.

72

El objetivo final de la revolución feminista no debe limitarse –a diferencia de los primeros movimientos feministas– a la eliminación de los privilegios masculinos, sino que debe alcanzar la distinción misma de sexo; las diferencias genitales entre los seres humanos deberían pasar a ser culturalmente neutras (Firestone, 1976: 20).

Dicen que, llegadas a este punto, deben examinar el principio que las viene guiando. Dicen que no tienen por qué extraer su fuerza de unos símbolos. [...] Dicen que, por consiguiente, hay que dejar de exaltar las vulvas. Dicen que deben romper el último vínculo que las sujeta a una cultura muerta. Dicen que todo símbolo que exalte el cuerpo en fragmentos es temporal, debe desaparecer (Wittig, 1971: 70).

Shulamith Firestone y Monique Wittig escribieron en un momento en el que parecía –y se creía firmemente– que la revolución era posible, que «la revolución estaba a la vuelta de la esquina», en palabras de Angela Davis (2018). El objetivo de la revolución feminista que propusieron ambas autoras consistía, en última instancia, en acabar con la opresión que sufren las mujeres en una

DINAMITAR EL «SISTEMA SEXO- GÉNERO»

sociedad patriarcal y capitalista. Para ellas, acabar con esta opresión solo se podía conseguir dinamitando el «sistema sexo-género», aunque ninguna de las dos usó tal concepto en sus teorizaciones, recordemos que es acuñado por Gayle Rubin en 1975. Si utilizamos los conceptos que ellas mismas manejaban, en el caso de Firestone, hablaríamos de «eliminar el dualismo sexual» o «alcanzar la distinción misma de sexo» (1976: 238) y, en el caso de Wittig, se utilizaría su idea de «eliminar las categorías de sexo» y de «luchar por una sociedad sin sexos» (2016: 38).

Mandy Merck asegura que «*La dialéctica* toma una posición muy simple sobre la cuestión de la diferencia sexual: abolirla» (2010: 14). Y, según María Jesús Fariña Busto, las obras literarias de Wittig concuerdan con «su posición teórica: dinamitar el sistema de géneros» (2013: 131). Me inclino, pues, por la expresión tan pertinente que utiliza Fariña Busto, «dinamitar», porque no se trata para estas autoras de resignificar, repolitizar o –como se dirá más adelante– multiplicar los géneros, sino de hacer saltar por los aires todo el «sistema sexo-género».

La dialéctica del sexo es considerada principalmente como un manifiesto político: «fue sobre todo un manifiesto [...] Es un libro que declara que *debe* producirse una revolución feminista, y que *puede producirse ahora*» (Margree, 2018: 19). ¿Por qué Firestone proclama que «nos estamos acercando [...] a una revolución cultural, así como sexual y económica»? (1976: 238). Porque por primera vez en la historia, la tecnología está tan desarrollada –y en vías de desarrollarse exponencialmente– que será capaz, una vez se materialice la revolución feminista, de liberar a las mujeres de su propia biología, causa primaria de su opresión.

73

La revolución para Firestone debía ser feminista, socialista y tecnológica. Sus influencias le vienen directamente de Simone de Beauvoir –a quien dedica el libro– y del marxismo, en especial, de Engels –a quien cita en la primera página–. También, curiosamente, critica a Freud y al psicoanálisis a la vez que se ve influenciada por él. Esto se observa a lo largo de todo el libro, donde desarrolla un análisis del patriarcado al igual que Karl Marx elaboró un análisis sobre el capitalismo, de ahí que el libro se titule «La dialéctica del sexo», en alusión a «la dialéctica de clases».

En su intención de comprender la dialéctica de las clases sexuales realiza un primer capítulo en el que muestra un recorrido por la teoría marxista y critica su estudio exclusivamente económico. De esta forma, lleva a cabo uno de los primeros análisis marxistas feministas sobre el sistema patriarcal, concluyendo: «Necesitamos una revolución sexual mucho más amplia que la socialista –y, por supuesto, que la incluya– para erradicar verdaderamente todos los sistemas clasistas» (1976: 22).

Resulta interesante anotar que Firestone tenía tan solo veinticinco años cuando se publicó *La dialéctica del sexo*, y que la «escribió con fervor, en cuestión de unos meses» (Faludi, 2013). Además, mientras escribía el libro, se encontraba organizando los primeros grupos de feministas radicales que se iban formando en Chicago y en Nueva York. En cuestión de tres años, entre 1967 y 1970, Firestone había fundado tres grupos de feministas radicales, el último junto con Anne Koedt, *New York Radical Feminists* (Echols, 2019). La disolución de este último coincidió con los primeros éxitos de las publicaciones del MLM, como *Sexual Politics*, de Kate Millett, *The Black Woman*, de Cade Bambara o el de Celestine Ware, *Woman Power: The Movement for Women's Liberation*. Todas publicadas en 1970.

Pero para el momento en el que *La dialéctica del sexo* apareció en las librerías, en octubre de ese año, Firestone se había alejado del movimiento. Desapareció completamente de la escena política y, posteriormente, fue diagnosticada con esquizofrenia. Volvió al mundo del arte, del que

procedía desde su etapa académica, y el resto de su vida estuvo protagonizada por problemas de salud mental. En 1998, escribió su segunda y última obra, *Airless Spaces*. En ella, elaboró un conjunto de relatos ambientados en los sectores marginados de Nueva York. Cada relato está protagonizado por una persona diferente, aunque en muchos parece que Firestone está reflejando en realidad su propia vida.

Su desaparición temprana del activismo afectó indudablemente tanto a la posterior recepción de su libro como de su figura. Su voz fue silenciada, su libro fue olvidado por parte de los *Women's Studies* de la década de los noventa y no fue hasta 2003 que comenzaría progresivamente a ser recuperado. Además, a pesar de su pionera crítica al género binario, *La dialéctica del sexo* fue asimismo olvidada por parte de la Teoría *queer* (Merck y Sanford, 2010).

Diferente fue el caso, ciertamente, de la feminista lesbiana Monique Wittig. Es bien sabido que puede ser considerada «una precursora del feminismo *queer*» (Balza Múgica, 2013: 109), así como «una precursora e inspiradora de muchos de los planteamientos que han ido *queerizando* el feminismo» (Suárez Briones, 2013: 13). Principalmente han sido sus ensayos teóricos los que han hecho que se posicionase en el centro del debate a partir de los años noventa, aunque sus obras literarias también han sido estudiadas en los últimos años. Todo ello se debe, en gran medida, a la recuperación que hizo de su obra Judith Butler. En *El género en disputa* le dedica a Wittig buena parte de sus páginas y reivindica la importancia de sus obras literarias.

Las guerrilleras se trata de un «reto lingüístico» (Butler, 2020a: 251). En ella, Wittig juega con el lenguaje y le concede al sujeto «ellas» –*elles* en francés– la categoría de sujeto universal, de igual forma que el sujeto «ellos» –*ils* en francés– disfruta de tal universalización en una sociedad heteropatriarcal. Así lo explica la propia Wittig años más tarde en su ensayo «La marca del género», publicado en 1985:

Las raras veces que se usa, el *elles* nunca indica lo general y nunca es portador de un punto de vista universal. Por eso, un *elles* capaz de transmitir un punto de vista universal sería una novedad en literatura y en cualquier otro campo. En *Las guerrilleras* intento universalizar el punto de vista de ese *elles*. El objetivo de este enfoque no es feminizar el mundo, sino hacer que las categorías de sexo resulten obsoletas en el lenguaje (2016: 112).

Un sujeto absoluto que emprende una revolución y construye un mundo nuevo. De eso trata *Las guerrilleras*, de la toma de conciencia de «las mujeres», primero, y de «ellas», después, y de la revolución y la guerra que emprenden para acabar con el viejo mundo. Su influencia, al igual que en el caso de Firestone, le viene del marxismo y, en efecto, Wittig se identificó con el feminismo materialista francés, también lesbiano y radical. Así lo evidencia ella misma:

Antes de hablar del pronombre, que es el eje de *Las guerrilleras*, me gustaría recordar lo que dicen Marx y Engels en *La ideología alemana* sobre los intereses de clase. Dicen que cada nueva clase que lucha por el poder, para lograr su objetivo, debe presentar sus intereses como el interés común de todos los miembros de la sociedad, y que en el campo filosófico esta clase debe concebir su pensamiento como universal, presentarlo como el único razonable, el único universalmente válido (2016: 111).

Al igual que sucedió con Firestone en Estados Unidos y el contexto de la publicación de *La dialéctica del sexo*, el momento en el que Wittig escribió *Las guerrilleras* estuvo iluminado por un activismo radical y una movilización continua por parte de la sociedad francesa. De hecho, el libro fue publicado poco después de Mayo del 68. Pero, a diferencia de Firestone, Wittig continúa en escena en los años posteriores, también a finales de los setenta, cuando se traslada a Estados Unidos, donde trabajó como profesora universitaria. A partir de la publicación de su ensayo «El pensamiento heterosexual», leído por primera vez en 1978 en Nueva York y dedicado a las lesbianas estadounidenses, se hace especialmente conocida.

Las guerrilleras influenció su obra teórica posterior y en ella ya se podría observar a esa Wittig «precursora e inspiradora de muchos de los planteamientos que han ido *queerizando* el feminismo».

Conceder que el desequilibrio sexual del poder posee una base biológica, no supone arruinar nuestra causa. Ya no somos puramente animales y el Reino de la Naturaleza ha dejado de ser señor absoluto. [...] lo “natural” no es necesariamente valor “humano”. La humanidad ha empezado a desbordar la naturaleza (Firestone, 1976: 19).

Dicen, te han mantenido a distancia, te han sustentado, te han erigido, constituido en una diferencia esencial. Dicen, te han adorado como a una diosa, o bien te han quemado en sus hogueras, o bien te han relegado a su servicio en sus corrales. [...] Dicen que, cosa extraña, lo que en sus discursos han erigido como una diferencia esencial, son variantes biológicas (Wittig, 1971: 98).

¿Cuál es el origen del patriarcado? ¿por qué se ha sometido a las mujeres a lo largo de la historia? Son cuestiones que las feministas de los sesenta comenzaron a preguntarse. Para Shulamith Firestone, el origen de la división sexual y de la subordinación de las mujeres se encuentra en su biología, entendida como la tradicional división natural entre hembras y machos de una especie, así como la reproducción entre ambos sexos:

intentemos efectuar un análisis poniendo a la propia biología –la procreación– en el origen del dualismo. [...] A diferencia de la estamentización económica, las clases sexuales nacieron directamente de una realidad biológica: hombres y mujeres fueron creados con distinta configuración y diversidad de privilegios (Firestone, 1976: 17).

BIOLOGÍA, CLASE SEXUAL, REVOLUCIÓN Y UTOPIA

Ante tal afirmación, resultó difícil que no hubiese voces que la juzgaran de un cierto determinismo biológico. Sin embargo, como apunta Victoria Margree, «el rasgo distintivo de Firestone es reconocer que lo natural no es necesariamente bueno ni inevitable» (2018: 21). Y es que, para Firestone, la biología es la causa de la opresión de las mujeres pero, también, para la misma Firestone, la biología o «lo “natural” [ya] no es necesariamente valor “humano”. La humanidad ha empezado a desbordar la naturaleza».

En efecto, esta autora ha pasado a la historia por su idea –muchas veces malinterpretada– de que la biología es la causa de la opresión de las mujeres y ha sido criticada, consecuentemente, por un determinismo biológico supuestamente declarado en su manifiesto. En realidad, lo que precisamente hace es ir en contra del propio determinismo biológico, porque cree que es posible modificar la naturaleza y así modificar la cultura. Esa es la intención que tiene cuando defiende que la revolución feminista «debe alcanzar la *distinción* misma de sexo; las diferencias genitales entre los seres humanos deberían pasar a ser culturalmente neutras».

De hecho, si prestamos atención a las palabras originalmente escritas en inglés es posible llegar a una conclusión más interesante. Y es que la frase que escribió Firestone dice: «*genital differences between human beings would no longer matter culturally*» (1972: 11) que, en lugar de «deberían pasar a ser culturalmente neutras», podría ser traducida como «dejarían de importar culturalmente». De esta manera, Mandy Merck subraya la importancia de dicha afirmación: «*genital differences between human beings [...] matter culturally*», porque se observa la preocupación de Firestone en cómo los cuerpos importan culturalmente (2010: 14).

Reducir *La dialéctica del sexo* a una mera defensa de un determinismo biológico se trata de un análisis, cuanto menos, limitado. Hay que acercarnos a su libro, como sugiere Gillian Howie, «como un tratado político», porque «al igual que *El manifiesto comunista*, fue escrito siguiendo un periodo de intensidad intelectual y actividad política y presenta una nueva visión sobre el mundo» (2010: 216).

Debido a que Firestone pone su foco de atención en la biología y, especialmente, en la función reproductiva, cree que una revolución basada únicamente en la producción fracasará. Sirviéndose de la teoría marxista, concibe una revolución que alcance todos los niveles de la sociedad, porque «el problema queda siempre a mayor profundidad» (1976: 10). Para conseguirlo, esta debe llegar tanto a los medios de producción como a los de reproducción:

Del mismo modo que para asegurar la eliminación de las clases económicas se necesita una revuelta de la clase inferior (el proletariado) y –mediante una dictadura temporal– la confiscación de los medios de *producción*, de igual modo, para asegurar la eliminación de las clases sexuales se necesita una revuelta de la clase inferior (mujeres) y la confiscación del control de la *reproducción* (Ibídem: 20).

¿Cómo confiscar el control de la reproducción? Según su teoría, «la reproducción de la especie a través de uno de los sexos en beneficio de ambos, sería sustituida por la reproducción artificial». De esta forma, «la dependencia del hijo con respecto a la madre (y viceversa) sería reemplazada por una dependencia mucho más reducida con respecto a un pequeño grupo de otros en

general». El objetivo, para Firestone, consiste en destruir «la tiranía de la familia biológica» (Ibídem: 21-22).

En este sentido, también resulta interesante interpretar *La dialéctica del sexo* como un «manifiesto utópico», tal y como defiende Kathi Weeks (2015: 738). Desde esta perspectiva, Firestone utiliza «la posibilidad de un futuro mejor para arrojar luz y plantear preguntas sobre el presente» y su texto utópico sirve «para estimular la imaginación de un futuro diferente» (Ibídem: 739).

La propia Shulamith Firestone indica en la primera página del libro que la diferencia sexual pasa completamente desapercibida en la sociedad y, consecuentemente, se entiende como algo inmutable y natural: «La división estanca derivada del sexo es tan profunda que resulta imperceptible. Caso de ser percibida, puede serlo bajo una capa de desigualdad superficial». Debido a ello, advierte la reacción que suscita el cuestionamiento de algo que se concibe como natural: «¡Qué dices! Pero, ¡si *ésto* no se puede cambiar! ¡Tú estás loco!». Su intención con *La dialéctica* es, por tanto, como asevera Weeks, «utilizar la posibilidad de un futuro mejor para arrojar luz y plantear preguntas sobre el presente».

Con esa intención elabora su último capítulo, que titula «La revolución definitiva». Ella misma afirma que sus propuestas son «peligrosamente utópicas», pero sigue adelante porque es «consciente de los peligros políticos encerrados en la peculiar falta de imaginación con respecto a las alternativas de la familia» (1976: 283). La sociedad posrevolucionaria que esboza contempla una serie de cambios radicales. En primer lugar, por todos los medios disponibles –como la reproducción artificial– se ampliará «la función reproductora y educadora a toda la sociedad globalmente considerada». En segundo lugar, se dará paso a un «socialismo feminista» y a un «socialismo cibernético» con el que se producirá «la reestructuración radical de la economía con el fin de hacer innecesario el “trabajo”, es decir, el trabajo asalariado [...] gracias a la primera distribución equitativa de la riqueza en el curso de la historia». En tercer lugar, se integrarán a las mujeres y a la infancia «en todos los aspectos de la sociedad global», destruyendo «las distinciones culturales varón/hembra y adulto/niño». Y, en último lugar, «todas las formas de sexualidad serían permitidas y consentidas» (Ibídem: 258-262).

En su afán por predecir las reacciones a sus propuestas, Firestone también nos advierte:

Nuestras exigencias revolucionarias serán percibidas probablemente con una actitud que abarcará desde un suave rechazo («es algo utópico... poco realista... descabellado... demasiado lejano todavía... imposible... [...]») hasta la histeria («es inhumano... antinatural... enfermizo... pervertido... [...] ¿la maternidad creativa va a ser abolida para tener los niños en tubos de cristal, monstruos creados por los científicos?») (Ibídem: 262).

Efectivamente, como apuntó Ann Snitow, compañera de Firestone cuando *La dialéctica* fue publicada por primera vez, un libro que aboga contra el embarazo y a favor de la crianza en colectividades comunales estaba destinado a ser demonizado. Afirmó, como posteriormente haría Kathi Weeks, que «*La dialéctica del sexo* es, de lejos, el más utópico de los manifiestos feministas» (Merck y Sanford, 2010: 2).

Así, en esta línea, y de vuelta a *Las guerrilleras* de Monique Wittig, tal vez nos encontremos también con una de las más utópicas novelas feministas. En esta obra es posible observar cuatro

de los puntos esenciales que articulan igualmente *La dialéctica del sexo*. En primer lugar, el foco de atención puesto en la biología como causa explicativa de la opresión de las mujeres. Segundo, la teorización en torno a la clase sexual. Tercero, la necesidad de una revolución feminista para acabar con todos los sistemas de opresión. Y, en cuarto lugar, la proyección de una sociedad utópica posrevolucionaria que ha conseguido dinamitar el «sistema sexo-género» y edificar una sociedad sin género.

Las guerrilleras de Monique Wittig es una apuesta literaria y filosófica. Se puede dividir en dos partes, aunque la separación no está muy clara, como tampoco está clara la estructura en su conjunto. Cada parte está compuesta por párrafos separados por espacios en blanco y por páginas que aparecen cada dos hojas, más o menos, llenas de nombres considerados en francés como femeninos. En cada párrafo va sucediendo la historia sin responder a un orden cronológico, por lo que se producen continuos saltos en el tiempo. Así, en la que podría considerarse la primera parte del libro, Wittig describe la sociedad pos-revolucionaria, aspectos de su cultura, creencias y mitos. De repente, en las escenas que saltan en el tiempo, se proyectan acontecimientos violentos, de guerra y revolución, que se multiplican progresivamente conforme avanza el relato.

En la segunda parte, pues, Wittig nos traslada con mayor profundidad a la guerra y la revolución, y a por qué la alentaron y comenzaron. Se produjo una toma de conciencia de clase (sexual) y aparecen escenas en las que las mujeres del mundo –«las guerrilleras»– se unen, combaten y forman coaliciones, y a las que también se unen hombres. Esta toma de conciencia se produce por medio de discursos, símbolos –la vulva, la O, el cero, el círculo o el «anillo vulvar»– y el pronombre universal «ellas». La revolución feminista es una cruenta guerra y, en contraste, la sociedad posrevolucionaria que se va construyendo después de la victoria es un escenario de calma, comunidad y paz.

Las alusiones que hace Wittig a la biología en *Las guerrilleras* son más escasas de lo que luego serán en sus obras posteriores. No obstante, se pueden encontrar referencias a su innovadora interpretación de la categoría de «sexo»: «Dicen que, cosa extraña, lo que en sus discursos han erigido como una diferencia esencial, son variantes biológicas» (1971: 98). Y es que para Wittig, la categoría de «sexo» y, en consecuencia, lo que se entiende por «biología», es en realidad una construcción social, «un constructo inanimado» (Butler, 2020a: 250).

En *Las guerrilleras*, Monique Wittig realiza una comparación entre la categoría de sexo y de raza. Tras declarar que «lo que en sus discursos han erigido como una diferencia esencial, son variantes biológicas», el discurso de las guerrilleras continúa así:

Dicen, te han descrito como han descrito las razas que han llamado inferiores. Dicen, sí, son los mismos opresores dominantes, los mismos dueños que dijeron que los negros y las hembras no tienen el corazón el bazo el hígado en el mismo lugar que ellos, que la diferencia de sexo, la diferencia de color significan inferioridad, derecho al dominio y a la apropiación (1971: 98).

En «La categoría de sexo», publicado en 1982, reflexiona sobre la manera en la que esta categoría determina la esclavitud de las mujeres, «como en el caso de los esclavos negros, tomando una parte por el todo, una parte (el color, el sexo) por la cual tiene que pasar todo un grupo humano como a través de un filtro» (2016: 31).

Para Wittig, la opresión de las mujeres también recae en su biología –en su cuerpo– pero principalmente recae en cómo su biología –su cuerpo– ha sido interpretado y construido socialmente: «Han hecho de lo que los diferencia de ti el signo de la dominación y de la posesión» (1971: 102). Influenciada por el marxismo, Wittig aboga por la toma de conciencia de clase, por la lucha como clase, para la desaparición del sistema (binario) de clases sexuales: «¿Qué significa “feminista”? [...] Para muchas de nosotras, significa alguien que lucha por las mujeres como clase y por la desaparición de esta clase» (2016: 39). Esa lucha es, en esencia, la lucha de *Las guerrilleras*.

Pero la influencia, en realidad, le viene más directamente del feminismo materialista francés, del cual formó parte, y de sus compañeras, como Colette Guillaumin: «profundamente influenciada por Guillaumin, [...] establece un paralelismo entre las mujeres como clase social, la servidumbre en el feudalismo y la situación de las personas negras esclavizadas en el colonialismo» (Hernández Piñero, 2019: 38). Los discursos y argumentos que utilizan *ellas* para alentar a la revolución reflejan lo expuesto en las líneas anteriores: «Dicen, desgraciada, te han expulsado del mundo de los signos, y no obstante te han dado nombre, te han llamado esclava, a ti, desgraciada esclava» (1971: 109).

Todo en Wittig es una estrategia que utiliza el lenguaje como medio de transformación social. Porque es necesaria una transformación en el lenguaje para que se produzca una transformación en la realidad material y social: «Dicen que no hay ninguna realidad antes de que las palabras las reglas los reglamentos le hayan dado forma. [...] Dicen que en primer lugar el vocabulario de todas las lenguas debe ser examinado, modificado, cambiado de arriba abajo» (Ibídem: 130).

Las dos revoluciones en las que cree Wittig, como ha observado Mónica Cano Abadía, son la revolución lingüística y la revolución social, y *Las guerrilleras* se trata de «la narración épica de estas dos revoluciones, que van unidas» (2012: 346). A través de ellas es posible transformar el mundo: «Dicen, que las que reivindican un nuevo lenguaje aprenden primero la violencia. Dicen que las que quieren transformar el mundo se proveen ante todo de fusiles. Dicen que ellas parten de cero. Dicen que comienza un mundo nuevo» (1976: 83). Y, ¿cómo es este mundo nuevo que comienza? En efecto, según afirma Elvira Burgos,

Las guerrilleras es una obra de gran belleza donde se dibuja, no mediante un lenguaje conceptual sino a través del relato ficción, una sociedad en la que la práctica de libertad es una realidad. La narración no pretende convencer con argumentos lógicos y bien estructurados. Figura un mundo en ausencia de los sexos-géneros establecidos (2016: 65).

No solo se proyecta el mundo que comienza inmediatamente después de la revolución, sino que transcurren los años y, finalmente, ha sido posible construir una nueva sociedad. Según la teoría marxista, la lucha de clases es el motor de la historia. Tal vez a eso se refiera Wittig cuando escribe: «Llevan consigo sus armas. Las entierran al mismo tiempo que las de ellos diciendo, que se borre de la memoria humana la guerra más larga, más mortal que jamás conoció, la última guerra posible de la historia» (1971: 124). Porque se ha producido, tras la victoria, el fin de la lucha de clases. En esa sociedad sin motor histórico: «Adelantan, no hay delante, no hay detrás. Progresan, no hay futuro, no hay pasado». Y, además, en este nuevo mundo ya no utilizan los símbolos ni las categorías de identidad, ya no las necesitan: «Dicen que no necesitan mitos o símbolos. Dicen que

la época en que partieron de cero se está borrando de sus memorias. Dicen que apenas pueden referirla» (Ibídem: 27-28).

En este nuevo mundo, se ha dado paso, en definitiva, a una sociedad sin género, sin categorías de identidad basadas en el cuerpo sexuado:

Dicen que, llegadas a este punto, deben examinar el principio que las viene guiando. Dicen que no tienen por qué extraer su fuerza de unos símbolos. [...] Dicen que, por consiguiente, hay que dejar de exaltar las vulvas. Dicen que deben romper el último vínculo que las sujeta a una cultura muerta. Dicen que todo símbolo que exalte el cuerpo en fragmentos es temporal, debe desaparecer. Antaño así ocurrió. Ellas, cuerpos íntegros primeros principales, avanzan caminando juntas por otro mundo (Ibídem: 70).

Eduardo Galeano escribió en su obra *Las palabras andantes* que la utopía está en el horizonte: «Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar» (1993: 310).

80

De la imaginación de futuros mejores hacia los que caminar nacieron muchos de los debates que protagonizaron las demandas feministas de finales de 1960. De las utopías como las imaginadas en *La dialéctica del sexo* o en *Las guerrilleras* nacerían muchos de los caminos por los que avanzar pero, al mismo tiempo, muchas de las discrepancias con las que construir nuevas direcciones hacia el horizonte. De ahí lo enriquecedor de la(s) utopía(s), pues de ella(s) es posible construir muchos de los caminos por los que comenzar a dar dos, diez pasos, para que el horizonte se desplace asimismo dos, diez pasos más allá.

Ambas obras, como se ha tratado de evidenciar, pueden ser leídas desde el hilo conductor que estructura este trabajo, pues las dos coinciden en la problemática de la diferencia sexual binaria. Para conseguir su destrucción creen necesario elaborar un análisis materialista de la opresión de las mujeres, teorizar en torno a la «clase sexual» y así conseguir una necesaria toma de conciencia para hacer posible la revolución feminista. En la toma de conciencia de clase se hace indispensable dotar de valor y de sentido crítico los rasgos anatómicos, para Firestone, en especial, la función reproductora y, para Wittig, la vulva y el cuerpo en su conjunto.

La revolución, para ambas, debe alcanzar la lucha de clases desde la clase de las mujeres. Desde la perspectiva de Firestone, la revolución debe liberar a las mujeres de su capacidad/obligación reproductora y, desde la

LA UTOPIA DE UNA SOCIEDAD SIN GÉNERO

de Wittig, el objetivo es crear nuevos lenguajes para expresar de modos distintos los cuerpos. La sociedad pos-revolucionaria que imaginan ha conseguido que las «mujeres» dejen de ser «mujeres» y que los rasgos anatómicos dejen de poseer un valor social. Modificando materialmente la función reproductora y modificando lingüísticamente la percepción de los cuerpos de las «mujeres», estas dejan de ser «mujeres». Porque ¿cómo identificaríamos a las mujeres si ya no les caracterizase su función reproductora o su cuerpo entendido como femenino?

Las discrepancias en sus análisis, no obstante, son notorias. Teresa de Lauretis subrayó cómo «Wittig compartía la premisa de que las mujeres no son un “grupo natural” cuya opresión sería consecuencia de su naturaleza física» (2015: 9). Y, efectivamente, la teoría de Firestone resultó controversial al afirmar que «las clases sexuales nacieron directamente de una realidad biológica: hombres y mujeres fueron creados con distinta configuración y diversidad de privilegios» (1976: 17). Wittig no compartiría nunca la idea de que la opresión de las mujeres «sería consecuencia de su naturaleza física», sino más bien de cómo se ha interpretado esa naturaleza.

Por otro lado, otro aspecto controvertido de la obra de Firestone se sitúa en su teorización sobre la sociedad pos-revolucionaria, cuando trata el aspecto de la libertad sexual y dice que «hombres y mujeres –en igualdad de otros factores– se preferirán el uno al otro sobre los demás individuos del propio sexo por simple conveniencia física» (1976: 299). Además de caer en una contradicción al hablar de «hombres y mujeres» en la sociedad pos-revolucionaria que, previamente, había teorizado como una en la que dicha distinción desaparecería, concluye, además, con una declaración cargada de homofobia. Según analiza Mandy Merck (2010), aunque su convicción en que una relajación en los tabús familiares fomentaría una sexualidad diversa y un futuro sin relaciones de pareja exclusivamente, la heterosexualidad no es vista por Firestone como la base de dominio y sumisión en las relaciones de género. De nuevo, una clara discrepancia con Wittig.

Entre otras cuestiones, se ha criticado especialmente *La dialéctica del sexo* por su capítulo quinto: «El racismo o el sexismo de la familia humana». Sobre él, Angela Davis afirmó que «Firestone sucumbe al viejo sofisma racista de culpar a la víctima» y con su teoría facilitó «el resurgimiento del manido mito del violador negro» (2021: 183). En palabras de Sophie Lewis: «Este capítulo [...] merece todo lo que las feministas negras han criticado sobre él» (2023: 19). Por lo que, aunque intentó introducir –o, como diríamos hoy, interseccionar– la cuestión de la raza con su análisis sobre el sexismo, digamos que, como mínimo, no obtuvo un resultado satisfactorio.

En suma, existieron entre ambas importantes coincidencias y, al mismo tiempo, latentes discrepancias. Todas ellas, no obstante, deben ser entendidas como una base enriquecedora sobre la que debatir y comprender el devenir de los feminismos del presente.

¿TEORÍA PROTO-QUEER? FIRESTONE Y WITTIG EN LA ENCRUCIJADA

¿Fue Shulamith Firestone precursora también del feminismo *queer*? Según Lisa Downing (2018), tanto Wittig como Firestone, destacan por negarse a perpetuar el determinismo biológico, así como por imaginar unas sociedades posrevolucionarias que suponen una re-imaginación radical de las categorías de identidad de sexo y género. Esta autora asegura que el discurso y la lógica empleada por Firestone sobre la institución de la familia, la reproducción, la maternidad y el determinismo biológico son eminentemente *queer*. Un discurso que protagoniza una «utopía *queer*» en la que el sentido de los términos «hombre» y «mujer» quedan obsoletos.

Las obras de estas dos autoras sentaron muchas de las bases de la teoría feminista que vendría después y es sugestivo prestar atención al tratamiento de las obras de aquel contexto por parte de los feminismos del presente. Porque actualmente nos encontramos en una tercera o incluso cuarta ola del feminismo y, en muchas ocasiones, «una ola se define en contraposición con la anterior» (Garrido Rodríguez, 2021: 488). Esta auto-percepción tiene una serie de consecuencias cuando se habla de las obras que se escribieron en el pasado, porque se presentan las olas siguientes como una corrección de las anteriores, como un modelo superior. En primer lugar, la lectura desde los valores políticos del presente de las obras del pasado se trata, en efecto, de un anacronismo, no consiguiendo comprenderlas con profundidad. Y, segundo, se acaban silenciando las voces de aquellas que hablaron en esos tempranos años (Downing, 2018).

82

El problema es que, como advirtió Adrienne Rich, «toda la historia de la lucha por la autodeterminación de las mujeres ha sido ocultada una y otra vez. [...] frente a cada trabajo feminista, existe la tendencia a recibirlo como si saliera de la nada» (1983: 19). Los debates actuales entre y desde los distintos feminismos no se pueden comprender sin trasladarnos al pasado. Las obras de Firestone y Wittig, por lo tanto, se convierten en referentes a los que volver para comprender muchas de las problemáticas del presente, ya que de ellas –al igual que de muchas otras– nacieron y se vieron influenciadas las posteriores. Ciertamente, las aportaciones «de estas teóricas y militantes feministas del movimiento de liberación de las mujeres de fines de los años 60 e inicios de la década de los 70, han sido fundamentales para dar luz a una propuesta de teoría revolucionaria» y para «desplegar los múltiples análisis posibles sobre la opresión de las mujeres» (Apilánez, 2020: 64-65).

Así, en lugar de concebir el feminismo de los setenta como un vestigio de un pasado superado, sería más interesante y enriquecedor comprender las temporalidades de la teoría feminista de modo que se tenga en cuenta tanto la continuidad como la ruptura. De hecho, como señala Kathi Weeks (2015), *La dialéctica del sexo* es un ejemplo de producción teórica

que formó las bases iniciales del proyecto de la teoría feminista que posteriormente la rechazaría.

Resulta evidente, no obstante, que todo ello no significa que se deba evitar una lectura crítica sobre las obras de teoría feminista. Al contrario, dicho análisis es necesario, porque, en palabras de bell hooks: «Resistimos a la dominación hegemónica del pensamiento feminista insistiendo en que es una teoría en construcción, una teoría a la que necesariamente hay que criticar, cuestionar y reexaminar, explorando nuevas posibilidades» (2020: 40). Una crítica comprendida como algo que enriquezca la teoría posterior y no como un juicio de valor desde el presente que fomente su olvido.

Desde esta perspectiva, en definitiva, sería posible leer la obra de Monique Wittig, pero también la de Shulamith Firestone, como parte de una «teoría proto-*queer*». Y es que ambas, como feministas materialistas, reconocieron que la biología de las mujeres ha sido utilizada como una herramienta de la opresión patriarcal. La autora estadounidense mantiene que «se ha hecho necesario librar a la humanidad de la tiranía de su biología» (1976: 242) y la escritora francesa posiblemente defendería que «se ha hecho necesario librar a la humanidad de la tiranía de la construcción social de su biología». Pero sus propuestas coinciden en que la interpretación de la biología puede modificarse socialmente. Las dos están de acuerdo en que se ha de alcanzar una sociedad en la que las diferencias genitales –y las diferencias corporales– dejen de importar socialmente.

83

CONCLUSIONES

A finales de los sesenta del siglo XX se comenzó a (re)construir en Estados Unidos un movimiento que marcaría la vida de millones de personas. Parte importante lo ocuparon las feministas radicales, quienes buscaron no solo una reforma legislativa, sino una transformación profunda de la sociedad. En Francia, con la brecha abierta por su Mayo del 68, pasarían de ser unas pocas concentrándose frente a la tumba del soldado desconocido, a conformarse, a partir de 1970, como un movimiento social. Todo ello conduciría a la explosión de los feminismos que configuran –y transforman– nuestro presente.

¿Es posible imaginar una sociedad sin género? Shulamith Firestone y Monique Wittig lo hicieron en aquella convulsa década, así que es posible responder afirmativamente. También es plausible concluir con que la elaboración de obras que contemplen una transformación radical de la sociedad son muy difíciles de escribir, e incluso de imaginar, sin un contexto asimismo radical en el que se vean inmersas sus autoras. Trasladarnos desde el presente a ellas resulta muy enriquecedor, pues permite comprender la historia de la teoría feminista desde una continuidad histórica.

Por otro lado, a través de este recorrido surgen inevitablemente otras cuestiones, en esa intención de centrarnos en el legado de estas autoras para los feminismos del presente: ¿Es posible una sociedad sin categorías de identidad? ¿es factible construir categorías de identidad para luchar por la destrucción de esas mismas categorías? ¿es realizable la construcción de un movimiento social sin un sujeto identitario? Volver a quienes han teorizado sobre ello favorece el devenir de estos debates.

En definitiva, sean cuales sean las estrategias que se planteen desde las distintas corrientes, la proyección de un horizonte utópico está siempre presente, mediante esa capacidad de imaginar un futuro mejor hacia el que caminar. Porque como dice Judith Butler, «debemos hacerle sitio a otro mundo, debemos insistir en la posibilidad de un mundo estructurado sobre la no violencia; proclamar, incluso, que semejante mundo es factible, aun cuando no encontremos la manera de llegar a él» (2020b: 54).

BIBLIOGRAFÍA

84

- ALEGRE ZAHONERO, Luis, PÉREZ SEDEÑO, Eulalia y SÁNCHEZ MADRID, Nuria (dirs.) (2023). *Enciclopedia crítica del género. Una cartografía contemporánea de los principales saberes y debates de los estudios de género*. Barcelona: Arpa Editores.
- APILÁNEZ, Elena (2020). «La revolución se cocina a fuego lento. Una revisitación de la noción de revolución a la luz del pensamiento feminista de la segunda ola». *Iberoamérica Social* (8:14), 51-66. Disponible en: <https://iberoamericasocial.com/ediciones/>
- BALZA MÚGICA, Isabel (2013). «Hacia un feminismo monstruoso: sobre el cuerpo político y sujeto vulnerable». En Beatriz Suárez Briones (ed.). *Las lesbianas (no) somos mujeres. En torno a Monique Wittig*. Barcelona: Icaria, 85-115.
- BURGOS DÍAZ, Elvira (2013). «El escándalo de lo humano: lesbianas y mujeres». En Beatriz Suárez Briones (ed.). *Las lesbianas (no) somos mujeres. En torno a Monique Wittig*. Barcelona: Icaria, 51-83.
- BUTLER, Judith (2020a) [1990]. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, Judith (2020b). *Sin miedo. Formas de Resistencia a la violencia de hoy*. Barcelona: Taurus.
- BUTLER, Judith (2024). *¿Quién teme al género?* Barcelona: Paidós.
- CANO ABADÍA, Mónica (2012). «Reflexionando sobre Wittig: Las guerrilleras y El cuerpo lesbiano». *Thémata. Revista de Filosofía* (46), 345-351. Disponible en: <https://revistascientificas.us.es/index.php/themata/article/view/407>
- COLOMA ACEÑA, Pilar (2022). «Lo personal es político. El surgimiento del feminismo radical en Estados Unidos (1967-1970)». *Filanderas. Revista*

- interdisciplinar de estudios feministas* (7), 105-124. Disponible en: https://doi.org/10.26754/ojs_filanderas/fil.202278582
- DAVIS, Angela y ALI, Tariq (2-6 de mayo de 2018). *Solidarity and Alliances – Angela Davis and Tariq Ali in conversation* [Sesión de conferencia]. Global '68. Solidarity in Alliance and Global History, Théâtre Nanterre-Amandiers, Nanterre, Francia. Disponible en: <https://doi.org/10.60527/vjvj-3q61>
- DAVIS, Angela (2021) [1981]. *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal.
- DE LAURETIS, Teresa (2015) [2001]. *Cuando las lesbianas no éramos mujeres*. Córdoba: Bocavulvaria ediciones.
- DOWNING, Lisa (2018). «Antisocial feminism? Shulamith Firestone, Monique Wittig and Proto-queer Theory». *Paragraph* (41:3), 364-379. Disponible en: <https://doi.org/10.3366/para.2018.0277>
- ECHOLS, Alice (2019). *Daring to Be Bad. Radical Feminism in America. 1967-1975*. University of Minnesota Press.
- ERGAS, Yasmine (2000). «El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta». En George Duby y Michelle Perrot (eds.). *Historia de las mujeres. El siglo XX* Madrid: Taurus, 539-566.
- FALUDI, Susan. «Death of a Revolutionary. Shulamith Firestone helped to create a new society. But she couldn't live in it». *The New Yorker*, 15 de abril de 2013. Disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2013/04/15/death-of-a-revolutionary>
- FARIÑA BUSTO, María Jesús (2013). «Haciendo cosas con el lenguaje. La escritora en su taller». En Beatriz Suárez Briones (ed.). *Las lesbianas (no) somos mujeres. En torno a Monique Wittig*. Barcelona: Icaria, 117-147.
- FIRESTONE, Shulamith (1972). *The Dialectic of Sex. The Case for Feminist Revolution*. New York: Bantam Book.
- FIRESTONE, Shulamith (1976). *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Editorial Kairós.
- FIRESTONE, Shulamith (2022). *Espacios sin aire*. Madrid: Muñeca Infinita.
- FISHER, Mark. (2018) *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*. Buenos Aires: Caja Negra.
- GALEANO, Eduardo (1993). *Las palabras andantes*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- GARRIDO RODRÍGUEZ, Carmen (2021). «Repensando las olas del Feminismo. Una aproximación teórica a la metáfora de las "olas"». *Investigaciones Feministas* (12:2), 483-492. Disponible en: <https://doi.org/10.5209/infe.68654>
- HERNÁNDEZ PIÑERO, Aránzazu (2019). «"Aquí y ahora": la noción de contrato social en el lesbianismo materialista de Monique Wittig». *Investigaciones Feministas* (10:1), 27-44. Disponible en: <https://doi.org/10.5209/infe.60722>
- HOOBS, bell (2020). *Teoría feminista: de los márgenes al centro*. Madrid: Traficantes de sueños.
- HOWIE, Gillian (2010). «Sexing the State of Nature: Firestone's Materialist Manifesto». En Mandy Merck & Stella Sanford (eds.). *Further Adventures of The Dialectic of Sex. Critical Essays on Shulamith Firestone*. New York: Palgrave Macmillan, 216-234.
- JUDT, Tony (2019). *Algo va mal*. Barcelona: Debolsillo.
- KOEDT, Anne (1971). «Lesbianism and Feminism». En Anne Koedt & Shulamith Firestone (on leave) (eds.), *Notes from the Third Year: Women's Liberation*. 84-89. Disponible en: <https://idn.duke.edu/ark:/87924/r3770c>
- LEWIS, Sophie (2023). «Prólogo. La prole desleal de Firestone». En Shulamith Firestone. *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Verso Libros, 13-25.

- LORDE, Audre (2009) [1982]. *Zami. Una biomitografía. Una nueva forma de escribir mi nombre*. Madrid: Horas y horas.
- MARGREE, Victoria (2018). *Neglected or Misunderstood: The Radical Feminism of Shulamith Firestone*. Hampshire: Zero Books.
- MERCK, Mandy (2010). «Prologue: Shulamith Firestone and Sexual Difference». En Mandy Merck & Stella Sanford (eds.). *Further Adventures of The Dialectic of Sex. Critical Essays on Shulamith Firestone*. New York: Palgrave Macmillan, 9-26.
- MERCK, Mandy & SANFORD, Stella (eds.) (2010). *Further Adventures of The Dialectic of Sex. Critical Essays on Shulamith Firestone*. New York: Palgrave Macmillan.
- MILLETT, Kate (2021) [1970]. *Política Sexual*. Madrid: Cátedra.
- NASH, Mary (2012). *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*. Madrid: Alianza Editorial.
- PAVARD, Bibia, ROCHEFORT, Florence et ZANCARINI-FOURNEL, Michelle (2020). *Ne nous libérez pas, on s'en charge. Une histoire des féminismes de 1789 à nous sours*. Paris: Éditions La Découverte.
- PISAN, Annie de y TRISTAN, Anne (1977). *Historias del Movimiento de Liberación de la Mujer*. Madrid: Editorial Debate.
- RICH, Adrienne (1983). *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona: Icaria.
- ROSE, Sonya O. (2012). *¿Qué es historia de género?* Madrid: Alianza Editorial.
- RUBIN, Gayle (1986) [1975]. «El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo». *Nueva Antropología*, (8:30), 95-145. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15903007>
- SUÁREZ BRIONES, Beatriz (ed.) (2013). *Las lesbianas (no) somos mujeres. En torno a Monique Wittig*. Barcelona: Icaria.
- VEGA SURIAGA, Edgar (2023). «Sistema sexo/género». En Luis Alegre Zahonero, Eulalia Pérez Sedeño y Nuria Sánchez Madrid (dirs.). *Enciclopedia crítica del género. Una cartografía contemporánea de los principales saberes y debates de los estudios de género*. Barcelona: Arpa Editores, 451-459.
- WEEKS, Kathi (2015). «The Vanishing Dialectic: Shulamith Firestone and the Future of the Feminist 1970s». *The South Atlantic Quarterly* (114:4), 735-754. Disponible en: <https://doi.org/10.1215/00382876-3157111>
- WITTIG, Monique (1971). *Las guerrilleras*. Barcelona: Seix Barral.
- WITTIG, Monique (2016). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.